

ct

Tu voz

de
Santy Portela

(fragmento)

(Escena vacía, a oscuras y en silencio. Un silencio que dura y dura y dura, que parece ser eterno. Pasan los segundos. Los minutos. Entonces, se hace la luz en el proscenio, quedando todo el fondo a oscuras, y entra Elena a la carrera. Se trata de una niña de unos ocho años en pijama que porta un peluche entre sus manos y se sienta en el suelo, abrazándose a las rodillas y dejando libre el llanto. Y durante unos segundos solo tenemos ese llanto, esos mocos que se sorben, la tos. Luego, Elena se seca las lágrimas con la manga del pijama y habla con su peluche).

ELENA

Está mala, Middy, está muy mala. Está enferma, muy enferma. Juana me lo ha dicho: “deja a mamá, que está cansada”. Ha dicho cansada, pero... quería decir enferma. Muy enferma. Pero nunca dicen enferma. A mí no. Se creen que soy tonta porque soy la más pequeña de las hermanas, pero no soy tonta. *(Gritando en dirección a por donde hizo su entrada)*. ¡¿Me oís?! ¡No soy tonta! Pequeña sí, pero no tonta. *(Vuelve a hablar con Middy o consigo misma)*. Creen que no me entero, que no comprendo, que no lo veo. Pero lo veo. ¡Claro qué lo veo, Middy! ¡Tendría que estar ciega para no verlo! Está enferma. Muy, pero que muy enferma. Y no mejora. Va al hospital y vuelve, día si y día también, pero sigue igual. No la curan. ¿Por qué no la curan? Y, cuando vuelve: “Elena, ve a tu habitación. Mamá está cansada y tiene que dormir”. No puedo besarla, no puedo hablarla. Pero yo... yo solo... solo quiero estar con ella. Abrazarla y dormirme en su abrazo. Como hacía antes. Pero ya no lo hago. No me dejan. Porque mamá está enferma y débil, muy débil. Tan débil que no puede ni siquiera abrazarme. Middy, ya no le quedan fuerzas. Se le nota en los ojos. Tiene los ojos tristes, llorosos, vacíos... como si no estuviese aquí. Como si viajaran. Como si estuviesen viendo algo que los demás no vemos. Sus ojos parecen estar dormidos aunque esté despierta. Juana dice que es por la medicación, que es muy fuerte y la deja así, abotragada..., ¿abotragada? ¿Era así? No sé, creo que sí. Pero ahora me suena mal. ¡Joe, Juana, ¿por qué usas esas palabras tan raras?! Ni siquiera sé lo que significa. Supongo que algo así como cansada o dormida. Vacía. Como está ahora mamá. Hoy cuando llegaron del hospital. *(Se levanta y va corriendo y sonriente hacia “la entrada”, dirigiéndose al recuerdo de su madre de esa mañana)*. ¡Mamá! ¡Hola, mamá! ¿Cómo estás, mamá? ¿Ya estas buena? ¿Ya puedes jugar? *(Hablando consigo misma)*. No me respondía. Sólo sonreía y me miraba con esos ojos dormidos, vacíos como si... si no me reconociera del todo. Como si le costará acordarse de mí. *(Otra vez a su madre)*. ¿Mamá? ¿Ya estás buena? Te han curado ya en el hospital, ¿verdad? Dime que sí, por favor. Para que podamos jugar otra vez las dos. Te echo de menos. *(Como antes)*. “Yo... a... ti... también”. Le costó tanto responderme. Como si decir cada palabra fuera un esfuerzo. Como si le costará una barbaridad hasta abrir la boca y coger aire. *(Otra vez a su madre)*. ¿Podemos jugar, entonces? ¿Qué? ¿Qué pasa, Juana? *(Se aleja unos pasos de donde está su madre)*. “Deja tranquila a mamá. ¿No ves que está cansada?” Eso es lo que me dijo, Juana. Pero yo solo quiero jugar. “Pero está cansada”. Pero podemos jugar a algo tranquilo. “Está muy cansada”. *(Al borde del llanto)*. Podemos jugar al parchís o al ajedrez o a algo que no la canse. “Pero está cansada, Elena, muy cansada para jugar. Para jugar a nada. Ve a tu cuarto, Elena. Mamá necesita descansar. Reponer fuerzas. No puede jugar, Elena, mañana debe volver al hospital”. ¡¿Otra vez?! ¿Por qué? ¿Por qué no la curan? ¡Son médicos, jolines! Tienen que curarla. Es su trabajo, ¿o no? No lo entiendo, Middy. Si son médicos tendrían que curarla, pero no lo hacen. Solo la dejan cansada, siempre cansada. Cansada y vacía. Tendrían que curarla para que podamos jugar, para que no le cueste tanto hablar, para que no tenga los ojos vacíos, para que se

acuerde de mí. ¡PARA QUÉ SE ACUERDE MÍ! *(Sale corriendo y se tumba en el mismo sitio donde se sentó cuando empezó la obra. Allí llora. Llora y llora hasta que, del mismo cansancio y del mismo llanto, acaba por quedarse dormida, abrazada al peluche que parece ser su guardiana, su protectora. La luz baja, quedando la escena en una penumbra nocturna y fantasmagórica; y la niña Elena duerme y habla en sueños, musita palabras sueltas: la mayoría ininteligibles. Pero siempre una que se escucha como el trueno de la tormenta, y que resuena como el eco de un grito en una caverna).* Mamá, mamá... Te echo de menos, mamá. *(Se yergue, pero solo es un sueño y solo es Elena en sueños. Observa lo que la rodea, con gesto dubitativo, inquisitorio).* Sueño. Sueño. Sueño. Sueño que flotaba en tu vientre, que volaba entre tus brazos, que me dormía con la nana de tu respiración, con el latir de tu corazón como eco de mis ojos cerrados. Sueño. Sueño. Sueño. Sueño que recuerdas, que sientes, que amas. Que ya no eres un cascarón vacío con unos ojos tan vacíos como el propio cascarón. Sueño. Sueño. Sueño. Sueño que recuerdo tu enfado, tu alegría, tu pena, tu risa, tu frustración, tu deseo. Sueño que recuerdo tu voz. Sueño. Sueño. Sueño. Pero solo se trata de eso: sueño. Ha llovido tanto; ha pasado tanto que... ya no recuerdo tu voz. Y en sueños me imagino que era de esta manera o de esta otra. Un timbre agudo, pero potente. O un susurro apenas audible, dulce y meloso. O más grave, con fuerza y carácter. O..., no sé, me la imagino de mil maneras y todas me parecen reales, me parecen la verdadera. Pero, a la par, todas me parecen falsas, erróneas, equivocadas. Ninguna lo es y todas la son. Tu voz. Tu voz ya no es ni el jirón de una niebla, ni la sombra en una noche de luna nueva. Aún menos. Tu voz es tan solo una invención de mi mente en sueños. Un deseo. Una mentira con la que intento engañarme a mi misma con la falsa ilusión de que la recuerdo. Pero no: solo es sueño. *(Silencio).* Añoro tu voz. Te añoro a ti, mamá. ¿Dónde estás? ¿Mamá? Responde, por favor. Responde con tu voz. Aunque solo sea una nota perdida, una sílaba solitaria. Un reducto que me permita recordar, recordar de verdad tu voz. Sin inventos, sin mentiras, sin sueños. Tu voz, mamá. *(Se recuesta de nuevo. Cierra los ojos y continúa hablando).* La necesito más que nada en este mundo. Mamá, por favor. ¡Mamá! ¡MAMÁ! *(Se despierta gritando, sudorosa y aterrada de una pesadilla. Ya no es una niña, ya no es un sueño: es una mujer de treinta y tres años. Durante unos instantes se queda sentada intentando controlar su respiración. Sus manos tiemblan, el sudor perla su frente. Pasan los segundos. Los minutos. Suspira. Se frota el rostro con ambas manos y se levanta. Se hace la luz en toda la escena: al fondo una silla con ropa, una mesa con una botella de agua y un cenicero y un arcón de mimbre. Elena, tras calmarse, suelta un largo suspiro de alivio. Después, en silencio, se deshace mecánicamente del pijama y se pone la ropa que descansaba en la silla: vaqueros, camisa y zapatos, con la dejadez de estar recién levantada. Sentada en la silla, fija su mirada en algún punto de la pared de su habitación).* ¿Mamá? *(Agita la cabeza y acaba de cambiarse. Sale y vuelve al rato con un café en una mano y un cigarro en la otra. Se sienta de nuevo en la silla y entonces su vista se fija en el peluche que está en el suelo. Lo recoge y lo mima con cariño).* Middy. Mi pequeña Middy. Siempre conmigo, protegiéndome. Desde que era una niña. Desde... . ¡Uffff! ¿Desde cuándo? Si te soy sincera Middy, no recuerdo como te conseguí. ¿Tú lo recuerdas? Ha pasado tanto tiempo que... . Sé que estás conmigo desde hace años y que siempre me proteges. O casi siempre. *(Se agarra la cabeza).* Hoy no me has protegido de esa maldita pesadilla, ¿eh? ¡Joder! No me acuerdo lo que he soñado, pero de que ha sido demoledor no hay duda alguna. Me ha dejado destrozada: el cuerpo abotargado, dolor en la cabeza desde la nuca hasta la frente y temblando como una niña con miedo de que un monstruo salga de debajo de la cama y me devore. *(Reprime un escalofrío).* ¡Dios santo, fíjate, si aún tiemblo! ¿Qué ha sido Middy? Odio que siempre me pase lo mismo, lo de no recordar mis sueños: ni los buenos ni los malos. Es un asco. Luego cuando voy a terapia y me pregunta Lucía que qué he soñado me quedo con cara de atontada y le digo “no me acuerdo”. Al principio, pensaba que la mentía. Pero no. ¡Si es que no me acuerdo! Nunca me acuerdo. Nunca me he

acordado. Desde niña. Y me jode a mí más que a nadie. *(Fuma en silencio mientras se toma con calma el café. Y, en ese silencio, comienza a palpase los pechos con cuidado; buscando con delicadeza algo anormal. Su examen la lleva a detenerse en el pecho izquierdo, justo debajo del pezón, e incidir en él con un gesto extrañado. Pasan los segundos. Los minutos. Elena se rinde en su examen: lo que había o lo que notó ya no está. Acaba y se termina el café).* Nada. Por un momento me había parecido que... no sé, que notaba algo. Un pequeño bulto. Pero no era nada. Creo. *(Da una última calada al cigarro y lo apaga, mientras se pone de pie).* ¡En marcha! *(Del respaldo de la silla descuelga abrigo y bolso y se los pone. Se acerca hasta donde está el peluche, lo coge con cariño y le da un beso).* Hasta la noche, Middy. Pórtate bien mientras estoy fuera. *(Lo deja sobre el arcón y sale. La luz decae en toda la escena, salvo un único haz que ilumina al peluche. Todo queda a oscuras, salvo Middy. Elena regresa y, con ella, la luz. Vuelve a ser esa niña de ocho años. Viene con una mochila cargada a su espalda que suelta con esfuerzo. Coge a Middy, la sonríe y baila con ella, siguiendo el ritmo de una canción silenciosa. Entonces se gira hacia la puerta de su cuarto y grita).* ¡¿Qué?! /.../ ¡Sí, tía Carmen, ahora me pongo a hacer los deberes! /.../ No, no necesito ayuda. Gracias. ¡Pufff! *(Sin soltar al peluche, abre la mochila y saca libros y cuadernos y hace los deberes).* ¡Qué aburrido! *(Y regresa a los libros. Oye una voz que la hace ponerse de pie y, de puntillas, ir hasta la puerta y pegar su oreja a ella).* ¡Chuuusssss! No hagas ruido, Middy, o nos oirán. Están hablando de mamá: papá, Juana y la tía Carmen. Siempre esperan a que yo no esté en la habitación o que me vaya a dormir para hablar de mamá. ¡Calla, que sino no me entero! Luego te lo explico. ¡Vale! De acuerdo, escucha tú también; pero deja de hacer ruido. *(Pega la oreja del muñeco contra la misma puerta. Así está un buen rato. Hasta que oye algo que la hace respingar. Camina hacia atrás, con la vista clavada en la puerta y negando con la cabeza).* No puede ser. ¿Lo has oído, Middy? ¿Has oído lo que papá ha dicho que le han dicho en el hospital? Por favor, dime que no... que no... . ¡Middy, por favor, dime qué he oído mal o qué no ha dicho eso o lo qué sea! ¡Cualquier cosa, Middy, cualquier cosa! *(Agita al peluche).* ¡No digas eso, Middy! ¡No puede ser! Mamá está enferma, pero se tiene que poner buena. Se tiene que poner buena, pero buena de verdad. Recuperar las fuerzas y el pelo. Y lo hará. ¡Ya lo verás! Estoy segura. Volverá a jugar y a reír. Sus ojos dejarán de estar vacíos. Y me recordará. ¡Te lo prometo! No me importa lo que haya dicho papá sobre lo que le han dicho en el hospital. Los médicos a veces se equivocan. Juana me lo dijo la otra tarde. *(Pasea nerviosa por la sala. Entonces se detiene y agita la cabeza).* No, no, no y no. No me lo repitas, Middy. Pero estarán equivocados. ¡Sí, lo sé, Middy! Ya sé lo que hemos oído, pero solo digo que... que... que puede que se equivoquen, ¿no? ¿No? *(Camina con pesar y vuelve a dejar a Middy encima del arcón. Nuevamente se hace la oscuridad menos el haz de luz que ilumina al peluche. Y nuevamente, entra Elena, la Elena-sueño).*